

Tabla de contenidos

1. [Noticia \[Página 2\]](#)
2. [Del lugar y la hora en que los incrédulos chinchinos comprobaron que Garabombo era transparente \[Página 3\]](#)
3. [Donde se verá que en Chinche, como en todas partes, crece la mala hierba \[Página 5\]](#)
4. [De lo que a Garabombo le sucedió a la salida de la prisión \[Página 11\]](#)
5. [De la convención de caballos que se congregó en la Punta Conoc \[Página 13\]](#)
6. [Del miedo que a Garabombo le acometió de sufrir una recaída de su espantable enfermedad \[Página 19\]](#)
7. [Garabombo comprueba que después de todo no es tan fácil dejar de ser invisible \[Página 24\]](#)
8. [Informe escrito de los esfuerzos que el Niño Remigio emprendió para descubrir al autor de un complot que ponía en peligro las asambleas de Yanahuanca \[Página 25\]](#)
9. [Verídica crónica del reparto de tierras de Puyhuán \[Página 26\]](#)
10. [Texto incompleto de la autógrafa que Remigio dirige a un sargento cuyo nombre por educación no quiere pronunciar \[Página 27\]](#)
11. [Ofertas que a su retorno a Chinche gentilmente le hicieron a Garabombo, el invisible \[Página 28\]](#)
12. [De cómo el Opa Leandro logró que el presidente de la república le regalara un trompo \[Página 29\]](#)
13. [Peripecias que Garabombo y Bustillos y/o Remigio sufrieron cuando a la Perla del Pacífico en pos de justicia viajaron \[Página 30\]](#)
14. [De lo primero que hizo Garabombo, el invisible \[Página 31\]](#)
15. [Que demuestra, si demostrar es necesario, las ventajas de la invisibilidad \[Página 32\]](#)
16. [Solicitud de una persona cuya identidad el autor no está autorizado a divulgar \[Página 33\]](#)
17. [De la gran desgracia que Garabombo conoció cuando visitó Yanahuanca \[Página 34\]](#)
18. [La verdad sobre el duelo entre el sargento Astocuri y el Niño Remigio \[Página 35\]](#)
19. [Castigos que a su salida del puesto impuso Cayetano; de los estragos que provocó Maca y otras aventuras a gusto de la más exigente clientela. \[Página 36\]](#)
20. [De cómo Remigio, el corcovado, silo de mentiras, depósito de sandeces, almacén de maldades, se transformó en Remigio el hermoso \[Página 37\]](#)
21. [De la demencia que acometió a los comuneros de Chinche \[Página 38\]](#)
22. [Del bolondrón que se armó cuando los Cara de Hueso equivocadamente pegaron las orejas desprendidas de los chinchinos \[Página 39\]](#)
23. [De los fastuosos preparativos que para la boda del hermoso los notables de Yanahuanca fizieron \[Página 40\]](#)
24. [Que ingeniosamente escindió el autor para darle más sabrosura a esta no inventada historia \[Página 41\]](#)
25. [De lo que acaeció la víspera del día soñado por los vivos y los muertos. Razones por las cuales Garabombo se volvió invisible \[Página 42\]](#)
26. [De cómo los comuneros de Yanahuanca recuperaron las tierras que fueron de sus abuelos y de los abuelos de sus abuelos \[Página 43\]](#)
27. [Sobre el no visto esplendor con que se celebró la boda de Remigio, el hermoso \[Página 44\]](#)

28. [De cómo la policía pulidamente felicitó a los denodados chinchinos por su descomunal hazaña \[Página 45\]](#)
29. [Que contiene un sueño que el Abigeo no quiso publicar \[Página 46\]](#)
30. [De cómo los chinchinos comprobaron que Garabombo se había curado definitivamente y de cómo desoyeron las sabias advertencias del subprefecto Valerio \[Página 47\]](#)
31. [De cómo el personero Corasma aprendió que quien con abogados se acuesta, mojado amanece \[Página 48\]](#)
32. [El gobierno advierte: será usada la fuerza \[Página 49\]](#)
33. [Que demuestra que los guardias de asalto sufren hambre y sed y necesitan amigos, exactamente como nosotros \[Página 50\]](#)
34. [Texto incompleto de la solicitud que a la Virgen de las Mercedes dirigió el Niño Remigio \[Página 51\]](#)
35. [El ejército asume el control de Pasco \[Página 52\]](#)
36. [Como en la antigüedad, se decía que los hombres volvían al quinto día después de haber muerto. De esas cosas hemos de escribir \[Página 53\]](#)
37. [De cómo acabaron los caballos que un tiempo fueron galanos y famosos \[Página 54\]](#)
38. [De los acuerdos que hombres de pelo en pecho, cuyos nombres más vale callar delante de uniformados, tomaron en el bosque de piedra \[Página 55\]](#)

Noticia

Este libro es también un capítulo de la Guerra Callada que opone, desde hace siglos, a la sociedad criolla del Perú y a los sobrevivientes de las grandes culturas precolombinas. Cientos de miles de hombres - muchísimos más que todos los muertos de nuestras inglorias guerras "oficiales" - han caído librando esta lucha desesperada. Los historiadores casi no consignan la atrocidad ni la grandeza de este desigual combate que, por enésima vez, ensangrentó las cordilleras de Pasco en 1962.

Dieciocho meses después de la masacre de Rancas, la comunidad de Yanahuanca, comandada por Fermín Espinoza, Garabombo, invadió y recuperó los casi inabarcables territorios de las haciendas Uchumarca, Chinche y Pacoyán. Era el amanecer de la gran epopeya andina que concluiría con el feudalismo en el centro de Perú!

M S.

Del lugar y la hora en que los incrédulos chinchinos comprobaron que Garabombo era transparente

Entonces todos comprobaron que Garabombo era verdaderamente invisible. Antiguo, majestuoso, interminable, Garabombo avanzó hacia la Guardia de Asalto que bloqueaba la Plaza de Armas de Yanahuanca. Sólo perros nerviosos habitaban la friolenta soledad. Veinte guardias, con los capotes levantados contra el cierzo, defendían la bajada al río Chaupihuaranga. El sol de las cinco fulgía sobre los cascos. Sin amedrentarse, Garabombo enfiló hacia los centinelas. En la esquina la angustia devastó a los chinchinos. ¿Lo veían o no lo veían? Despreciando un fúsil ametrallador montado sobre un trípode de combate, Garabombo progresó hacia el pelotón acumulado delante del Puesto (porque los ineptos guardias civiles sólo servían para darle agua a los caballos de las Tropas Especiales); atravesó la calle. ¿Lo veían o no lo veían? El mismo Melecio Cuéllar, su cuñado, se hundió las uñas en las palmas sudorosas. ¿Garabombo ingresaría y saldría indemne del Puesto o los centinelas ignoraban su insolencia únicamente para justificar la descarga? Hasta Amalia Cuéllar, su mujer - que más que nadie carecía de motivos para desconfiar - se tapó la boca con su pañolón azul. «Está subiendo la vereda», describió, sin necesidad, Amador, el Sonriente. ¿Lo miraban o no lo miraban? ¿Garabombo pisaba la puerta del Puesto o la de su muerte? Uno de los centinelas levantó la metralleta. La multitud gimió. Siempre escultórico, Garabombo se detuvo. Por la puerta emergió el abrigo verde, la cara pecosa del comandante Bodenaco. Garabombo se pegó contra la pared. Con intolerable lentitud Guillermo, el Carnicero, extrajo una cajetilla y encendió un cigarrillo. El humo brilló contra el ocaso. Siempre arrimado contra la pared, ingresó. Los chinchinos esperaron el balazo ineluctable. En la plaza un oficial se cuadró delante del comandante Bodenaco. «Está dando parte», susurró Víctor de la Rosa, ex sargento de infantería. Le contestó un plural gemido. «Ahora Garabombo saludaba - con una insolentísima sonrisa - desde una de las ventanas del Puesto! «Apresúrate, grandísimo cabrón», gruñó Corasma.

-No lo ven -sonrió Amador Cayetano, el presidente de la comunidad -. «Es invisible!

-Hace siete años que es invisible -susurró Melecio Cuéllar.

«Nadie lo veía! Protegido por su carne transparente, antes del anochecer Garabombo se apoderaría de los planes secretos de la Guardia de Asalto. Esa misma noche la comunidad conocería las instrucciones de la 21ª Comandancia, los puntos donde se preparaba el ataque alevoso, los secretos de la «Operación Desalojo», los nombres de los confidentes que ensuciaban la tierra de Yanahuanca. Amador Cayetano inició la carcajada. ¿De qué le servía al infeliz Ministro de Gobierno Elías Aparicio telegrafiar órdenes cigradas?

-Padre nuestro que estás en los cielos, haz que a Garabombo no lo miren -rezó Sulpicia.

-No seas tonta, Sulpicia -exclamó Melecio Cuéllar-. «No lo ven! Garabombo puede comer y dormir a su gusto. Y si quiere orinará sobre los guardias. «Creerán que está lloviendo!

-Más bien pensarán que ha pasado un zorrino -gruñó Corasma.

-Está bajando la escalera -susurró Oswaldo Guzmán. Se congelaron mientras reptaba el tiempo que Garabombo empleó para emerger, de nuevo, en la puerta. Por fin salió del Puesto. En la orilla de la plaza se detuvo, miró a los chinchinos y soberbiamente se sopesó los testículos. Era valentísimo pero jactancioso. El muriente sol pulió su rostro huesudo, los gruesos labios, el bigote pobre, su pelo de escobillón.

El mismo Corasma no consiguió prohibirse un escalofrío de admiración destituido por la angustia. Por la misma vereda avanzaba un pelotón que acababa de ser relevado en el puente ahora custodiado día y noche! Garabombo se fijó contra la pila. Los guardias cruzaron sin verlo; desdeñando un guardia retrasado Garabombo caminó hacia donde boqueaba el sol.

Una alegría sin fronteras los invadió! Garabombo era verdaderamente invisible! Garabombo era transparente! Ningún centinela percibiría sus movimientos de cristal! El rigurosísimo estado de sitio implantado en Cerro de Pasco era inútil. La represión fracasaría. En vano los destacamentos clausuraban los caminos; en vano el ejército había establecido un nuevo cuartel cuyas visibles ametralladoras amedrentaban el desfiladero de Huariaca, a más de cuatro mil metros de altura. Hacía meses que nadie circulaba sin salvoconducto. Nadie salvo los invisibles! Porque ¿quién controlaría a un hombre transparente? Pero de pronto la multitud retrocedió. Despreciando el abrigo de la esquina, Garabombo enfiló hacia la Subprefectura, cuartel general del coronel Marroquín, jefe de la «Operación Desalojo». ¿Qué pretendía Garabombo? ¿Ingresar al edificio de paredes celestes y puertas azules en uno de cuyos tres balcones el coronel Marroquín vigilaba el sol? Con pavor, con admiración, con escalofrío, lo miraron avanzar. Hasta el personero Corasma se unió al credo fervoroso. Eran primos y se odiaban; pero en ese momento Garabombo no era el detestado pariente, ni el supuesto depredador del ganado de Murmunia, ni el jactancioso jinete que aprovechando su invisibilidad dormía con las mujeres casadas, sino el comunero gracias a cuyo inolvidable coraje Chinche conocería los planes de combate de la Guardia de Asalto y respondería el fuego por el fuego. Porque llegaba la hora!

Donde se verá que en Chinche, como en todas partes, crece la mala hierba

Garabombo señaló con su mano huesuda las rocas del portón Huagropata. En la hipocresía de la madrugada, disimulados, distinguieron los capotes y los cascos fantasmales.

Garabombo se volvió hacia un hombre pequeño y musculoso y por primera vez en su vida miró mustiarse la sonrisa de Amador Cayetano. La palidez le vació al mismo tiempo la cara, las manos, los dedos y hasta las uñas. La frontera entre el plumizo del poncho y el cobre de la piel se anuló. Garabombo levantó la mano. Se inmovilizaron. Buscando las rocas todavía nocturnas, asilándose en los puertos de niebla, Garabombo descendió. Cayetano lo siguió, más aterido por la sospecha que por la neblina. Bajaron casi doscientos metros: entonces miraron, neto, el destacamento que acechaba entre las rocas por donde rompiendo la luz avanzarían los pueblos congregados en Chinche.

- ¿Qué te dije?

Cayetano no contestó.

- Esos guardias no vienen de Cerro. ¿Ves los capotes? Es tropa venida de Lima. Con el viento casi no se le oía. Siguieron descendiendo y distinguieron las filas de guardias de asalto tiritando en la madrugada glacial. Garabombo comenzó a contar con los dedos, pero era difícil, arrancar los uniformes de la lividez del alba.
- Cuarenta... cuarenta y uno...

Entonces un jirón de luz lamió la ametralladora y las cajas de municiones.

- Es una Hotchkiss.

Era ex sargento de caballería. Se levantó enorme de cólera.

- ¿Qué te dije?

Cayetano no respondió. Toda la noche, mientras velaban en el hielo del invierno adelantado, se había arrepentido mil veces de la decisión impuesta por Garabombo. Porque sin darle tiempo a notificar al personero Corasma, ni siquiera a consultar a Exaltación Travesano, Garabombo había exigido la anulación de la orden de la marcha. Un Garabombo más hosco que el peor noviembre que Cayetano recordaba había impuesto una inmediata cancelación.

- ¿Estás borracho Garabombo? ¿Estás mamado? ¿Cómo se te ocurre?
- El Abigeo nunca se equivoca -Garabombo señaló el cielo -Garabombo señaló el cielo-. ☐ Todavía hay tiempo!
- Sueño es sueño, Garabombo.

Garabombo se adelantó más que la noche.

- ¿Tú te haces responsable, Cayetano?
- Pero los pueblos esperan...
- Si no cancelas orden marcharán al cementerio. ■ Reúne a tu gente y anula! Toda la noche había mensurado las terribles consecuencias de un error. ¿Qué error? Garabombo tenía razón. ■ La Guarda de Asalto los acechaba!

Siempre hundiéndose en los roquedales lunares ascendieron el Huagropata. Por fin temblaban las hilachas de un día miserable, pero suficiente para mostrar, a lo lejos, otro destacamento. Descendieron hacia la quebarada y a un kilómetro recuperaron sus caballos. En silencio ganaron la pálida enormidad de la pampa de Chinche. Patos salvajes precedieron granzando el gapole de sus caballos menudos pero resistentes, acostumbrados a la carrera a más de cuatro mil metros de altura. Galoparon tres horas. El sol laqueaba la inmensidad; las cumbres distantes, la soberbia aguja nevada de Jirishanka, fulguraba. Eran casi las ocho cuando divisaron la imponente escuela que devoraba el miserable caserío de Chupán. Era un edificio de dos pisos, de dos alas, de diez ventanas, de inacabables paredes blancas que proponían un espejismo, porque ¿quién podía esperar allí semejante monumento? En la puerta de la escuela hombres disimulados bajo ponchos, sombreros y bufandas casi idénticos descubrieron el galope y se adelantaron, excitados. Pero Garabombo y Cayetano sólo saltaron de los caballos maltrechos en la puerta; abandonaron las riendas a Eleuterio de la Rosa y a Melecio Cuéllar. Los hombres se acumularon alrededor de la gravedad de un hombre pequeño, de piel nocturna y ojos mongólicos horneados por un fulgor rabioso: Gregorio Corasma, el personero de la comunidad.

- ¿Qué mudanzas son estas, Garabombo?

Se detestaban con una animadversión postergada pero no olvidada ante la suprema causa comunal. Palabras sólo cambiaban por motivos comunales.

Avanzó casi hasta tocar el sombrero grasoso y luego se volvió a Cayetano. ¿Qué cambios son esos, señor presidente? ¿Con quién consultaron para anular la orden? ¿Ustedes creen que la masa es juguete? ¿Por qué cambiaron la fecha de la recuperación? Los pueblos ya partían cuando ustedes cancelaron todo. ¿Quién los autorizó? ¿Somos muñecos?

Pot el cielo cruzaron dominicos, luego patos salvajes. Odioso, felino, Garabombo gritó:

- ■ Entre nosotros hay un traidor!

Corasma retrocedió. Los delegados casi no se movieron. Cayetano siguió masticando su risita. Era su defecto: sonreía sin cesar. Los comuneros sabían que Amador Cayetano no desarmaba la sonrisa ni en los velorios, pero las autoridades muchas veces lo consideraban un desacato. En la sonrisa aleteaba ahora algo siniestro.

El corpachón de Garabombo clausuró la salida.

- Anteayer recibimos un aviso de que alguien nos traicionaba. Nuestro deber es maliciar y maliciamos. El presidente de la comunidad, aquí presente, y yo, acordamos anular la orden. ¡Hemos vigilado toda la noche! ¡Toda la noche recorrimos los lugares designados! Hoy amanecemos en Huagropata y ¿a quién encontramos? ¡Habla, Cayetano!
- La Guardia de Asalto nos esperaba.
- ¿Cuántos?
- Cientos de armados.

El odio no le cabía.

- ¡Era Guardia de Asalto! ¡Cientos de guardias de asalto listos a quemar y matar! Para llegar a Huagropata la tropa limeña necesita por lo menos tres días. ¿Cómo sabían que hoy la comunidad invadiría?
- Es cierto. Para llegar, por lo menos necesitan tres días - admitió Víctor de la Rosa. Vestía un pantalón de bayeta y una desteñida casaquilla de infantería que conservaba celestes galones.
- ¿Qué tal si invadíamos? En este momento estaríamos velando a nuestras mujeres y a nuestros hijos. ¡Muertos por culpa de un hijo de puta que me está oyendo! Sólo nosotros, sólo los miembros de la Junta de Recuperación, conocíamos el lugar y la hora de esta invasión. ¡El traidor está aquí!

Las manos menudas de Cayetano rebuscaron en su alforja. Sacó sobras de fiambre, papas hervidas, una botella de aguardiente, un paquete de velas, una vara de tocuyo y por fin un pequeño crucifijo de plata. Se arrodilló, abrió los brazos como el cura Chasán y besó el Cristo.

- ¡En nombre de Dios!

Todos se persignaron.

- Este crucifijo es bendito. El padrecito Chasán lo bendijo. No se aprovechó de una bendición. El padrecito se queja de que los días de bendición los chinchinos meten cruces de contrabando y reciben gratis la bendición. Él aprovecha también y manosea las tetas de solteras y casadas. Pero por esta cruz se pagó aparte. Diez soles pagué. Este Cristo es milagroso. ¿Quién salvó al hijo de Travesaño? ¿Quién aclaró la calumnia contra doña Añada? Doña Pepita la acusó del robo de una tetera de plata. Ya la apresaban cuando yo paseé este crucifijo por la puerta de la casa y la tetera apareció.

Besó el cuerpo martirizado.

- ¿Quién se atreverá a perjurar delante de este Cristo? ¿Quién se arriesgará a no encontrar sus huesos el día del Juicio Final? Cuando el Arcángel Gabriel toque la

trompeta los perjuros no encontrarán sus calaveras. ☐Esta lucha no es para uno, es para todos! Nuestro pueblo pelea para que todos los hombres vivan libres en tierras libres. Pero alguien es débil. ☐Alguien ha hablado!

Besó de nuevo el crucifijo.

Primero, amar a Dios sobre todas las cosas.

El personero Gregorio Corasma rebuscó en su memoria. Ese Cristo era milagroso. Su tío Magno Corasma se despeñó; lo recogieron agonizante. Ya boqueaba cuando besó el crucifijo. ☐Santo remedio!

- Segundo, no jurar su nombre en vano.

Melecio Cuéllar se retorció los dedos. Hacía unos días se había emborrachado tan extremosamente que tuvieron que recogerlo de la plaza de Yanahuanca. ¿Y si en copas había hablado?

- Tercero, santificar las fiestas.

Máximo Bonilla sintió granizo en la espalda.

- Cuarto, honrar padre y madre.

Exaltación Travesaño suspiró. ☐Ni metido en un horno hablaría!

- Quinto, no matar.

Mónica Espinoza sintió tranquilo el martilleo de la voz.

- Sexto, no fornicar.

Andrés Roque se arrancó los pelos de la nariz.

- Séptimo, no robar.

Epifanio Quintana se pasó la mano por la mejilla.

- Octavo, no levantar falsos testimonios.

El aire se ensopaba. Entre los cencerros, lejos, aulló un perro. Cayetano concluyó el decálogo y se arrodilló delante del crucifijo:

- ☐Por la perdición de mi alma juro que no he comunicado la fecha ni a mi mujer!

Los hombres se acercaron, se arrodillaron y repitieron, temblando, el juramento. Garabombo también besó la cruz, pálido. Sólo un hombre tripulado y pequeño, descalzo, se arrinconó con la cabeza gacha.

- ¿Tú no juras, Rufino?

Rufino Cruz no contestó.

- ¿Usted no jura, don Rufino?

El hombre se arrodilló.

- ¡Perdón, hermanitos!

Los dientes y las manos tiritaban en el mismo paludismo.

- ¡Perdón para un desgraciado! La conciencia me duele. ¡No quiero condenarme! Yo he hablado. ¡Por orgullo, no por mala fe! El domingo pasado el caporal Manzanedo nos afrentó. Sin motivo nos sacó del camino a latigazos. Por rebajarlo yo le dije «Manzanedo, pronto acabará tu tiranía. La próxima semana los chinchinos comeremos en la casa de sus patrones». Esto le dije y ese maldito sopló en la oreja de los Proaño. ¡Perdón, señoritos!
- ¿Con quién más te franqueaste?
- Sólo con ese traicionero. ¡Por un minuto me he ensuciado!

Lágrimas lentas surcaban la cara prieta.

- ¿No sabías que él repetiría? ¿No sabías que Manzanedo es un hijo de puta?
- Por tu culpa la policía ha podido masacrarnos. ¿Tú pagarías esas vidas? ¿Tú criarías a los huérfanos? -gritó Corasma, brutal.
- ¡Yo también tengo hijos! Perdónenme. He servido a la comunidad. Di la verdad, Cayetano. He servido bien. Durante años he padecido, he gestionado abandonando mis trabajos. Tres veces he estado en la cárcel. ¡He servido...!
- Los traidores nunca sirven.
- Desapareceré, viajaré, partiré...
- Es débil de ánimo.
- La mala hierba vuelve a crecer.
- ¿Quién está seguro de que no volverá a traicionar?
- Este hombre ha puesto en peligro años de esfuerzo.
- ¿Cuántos muertos se enfriarían ahora por su culpa? Estamos en peligro.

- Es cierto, ¿qué seguridad tenemos que este hombre no volverá a hablar?
- ¿Quién garantiza?

Hablaban como nombrando a un ausente. Garabombo se levantó. En su mano tiritaba un cuchillo.

De lo que a Garabombo le sucedió a la salida de la prisión

El boticario Lovatón miró las aguas arcillosas del río Chaupihuaranga, se arrebujo en su bufanda de lana de alpaca y cruzó el puente de Yanahuanca. La neblina gateaba todavía sobre los techos, encapuchaba Yanacocha y Chipipata. En la subida del jirón Huallaga se cruzó con tres arrieros que saludaron sacándose el sombrero y a la altura de la pila, frente al cafetín "El Chinito", distinguió al hombre. Se detuvo asombrado.

- ¿Eres tú Garabombo? El forastero no se movió. ¿No me conoces, Garabombo? Soy Juancho Lovatón. ¡Acuérdate, hijo! ¡Acércate! El hombre sin poncho tiritaba.
- Buenos días, señor Lovatón. Trataba de sonreír.
- ¿Cuándo llegaste, hijo?
- Estoy llegando, don Juan. Estaba tan flaco que parecía que alguien le hubiera sacado la carne dejando sólo el pellejo, los ojos, los ademanes.
- Ya sabía que habías salido de la cárcel. Cayetano me avisó que te habían soltado. Pero eso fue hace meses; ¿por qué no has venido?
- He estado enfermo, don Juan. He estado tres meses en el hospital -se rió-. ¡Casi estiro la pata! Lovatón contempló el pueblo todavía soñoliento.
- ¿Ya desayunaste?
- Anoche comí.
- Vente a mi casa. Garabombo vacilaba.
- ¿Sabes que soy el nuevo presidente de la comunidad?
- Eso he oído, don Juan.
- Apúrate, hijo. Cuando menos nos vean, mejor. La neblina escarbaba en las calles fangosas. Subieron por la callejuela, bordearon la plaza desierta y entraron en una tienda de portones verdes, "Farmacia La Salud".
- Pasa hijo, pasa. El boticario entreabrió la puerta, lo introdujo en la trastienda, luego se metió al patio donde cacareaban gallinas intranquilas. Garabombo miró las paredes empapeladas con viejos periódicos; en el rincón descubrió el estandarte de la comunidad de San Pedro de Yanahuanca. El boticario Lovatón volvió con dos platos de caldo humeante. A Garabombo se le agrió la boca.
- Sírrete, hijo. El viejo acercó una silla de paja y se sentó delante del otro caldo. Sopló y sorbió ruidosamente.
- ¡Casi te desconocí, Garabombo! Perdóname pero eres hueso y pellejo. Come hijo, come. ¿Cuánto tiempo estuviste preso?
- Treinta meses, don Juan.
- ¿Dónde estuviste?
- Primero en la intendencia, luego en el Frontón.
- ¿Y Bustillos?
- Salimos juntos pero yo entré al hospital. Debe estar en Chinche. Usted debe saber.
- No he sabido. El viejo frunció las cejas, se acarició la frente sarmentosa.
- En tu ausencia han pasado muchas cosas, Garabombo. ¿Sabes que don Gastón Malpartida ha muerto?
- Eso he oído, don Juan.

- Murió intestado. Con este pretexto los Malpartida y los López se pelean. El viejo dejó tantísimos hijos que la tierra no alcanza. El Yerno núm. 1 quiere despojar a todos. Los chinchinos pagan los platos rotos., Los hacendados se han apoderado de casi todos los pastales. Ya no se puede pastar ni en Mixque ni en Nuñomiayoc. Para pastar, a Chinche sólo le queda la quebrada Ixcaicancha.
- Pero Ixcaicancha es pura roca, don Juan. ¿Qué animal come allí?
- Ahí están cientos de familias, reducidas a la fuerza a vivir en esa quebrada.
- Ningún ganado dura en Ixcaicancha. ¡Es puro roqueda!
- Mueren. "Hemos perdido la mitad de nuestro ganado. Más de dos mil ovejas se nos han muerto." Eso me dijo tu cuñado Melecio la semana pasada. ¡Sírrete, hijo! Estás flaquísimo. Casi no se te ve. ¡Ahora sí que la gente dirá que eres invisible!
- Ya no soy invisible. En la cárcel me curé, don Juan - sonrió Garabombo. Se agachó sobre el caldo.
- Eso no es todo, Fermín. A muchos chinchinos ni siquiera los reciben en Ixcaicancha. A los murmuradores los expulsan sin trámites. En Uchumarca, en Pacoyán, en Chinche, en El Estribo, en Diezmo, en todas las haciendas, es igual. Muy ensorbecidos caminan los hacendados después del fracaso de Rancas. Los Proaño supieron que algunos uchumarquinos viajaron a Rancas para auxiliar a los sobrevivientes con bastimentos. ¿Sabes qué pasó? Garabombo abandonó el caldo grasoso.
- Aprovechando la ausencia, Manzanedo y sus cabalgados deshicieron su casas. En una mañana destejieron veinte chozas y pusieron a las familias en la carretera. ¡Hay cientos de familias expulsadas! Tambopampa hierve de refugiados.
- ¿Y qué dice nuestro personero? El viejo abandonó la cuchara sobre el periódico que cubría la mesa.
- ¡Remigio Sánchez es un vendido! Nosotros creíamos que siendo criollo y casado con chinchina nos valdría. Por interesados Dios nos castiga. ¡Maldita sea la hora! Es nuestro peor cuchillo. Ese hijo de puta aguanta todos los trámites. Y como sin su firma ningún reclamo vale, todo está parado.
- ¿Por qué lo eligieron, don Juan?
- Por bestias, Garabombo. Como ese señor usa corbata la comunidad creyó que nos haría respetar.
- ¿Y?
- Es uña y carne de los hacendados. Con los Proaño y los López se trata de compadre. Cada vez que alguien plantea algún reclamo nos desanima. "Perro chico no pelea con perro grande. Los hacendados tienen costalillos de billetes. Nosotros cotizamos de centavo en centavo. ¡No podemos!"
- ¿Y nadie lo para?
- Al contestador, nuestro personero le pone la mano.
- ¿Y usted, don Juan? El viejo levantó las manos.
- ¿Qué hago solo?

De la convención de caballos que se congregó en la Punta Conoc

En los tiempos en que yo era invisible, un día que amainó la tempestad salí de la cueva de Jupaicanán, para recoger bosta. En eso estaba cuando por los roquedales salieron seis caballos. Viajeros no conocen esas estrecheces. Mucho me asombré. Las bestias subían por su voluntad a la punta Conoc. Al rato apareció una tropa de caballos bien comidos, capitaneados por un moro. ¡Gualito! Y otra caballada guiada por un tordillo nervioso que después supe que se apellidaba Relámpago, y luego un cuatralbo, un zaino y unos lentos mulos. ¡Gualito! Por su caprico, subían a Conoc. De rato en rato relinchaban hacia la otra banda. Toda la mañana siguió llegando el bestiaje. Al mediodía subieron un caballo dolido por una matadura y un potro arzonado. Avanzada la tarde llegaron dos jinetes fuertemente emponchados, con las caras cubiertas por máscaras de nieve. El viento se enrabiaba. El jinete, que lucía una máscara de lana amarilla, relinchó. ¡Increíble! Oyendo sus artificiales relinchos los caballos contestaron; los que en la punta Conoc se revolcaban, se levantaron y acudieron. Siempre relinchando el jinete subió. Entonces vi brillar las escopetas. ¡Ladrones! Me escondí. Ya los montados se mezclaban, mimaban a los silloneros que nada temerosos les lamían la cara. En esos comadreos vivieron hasta que el alto relinchó, quebró rienda y bajó por la otra banda. Fielmente, los animales siguieron a su potro gris. El compañero cerraba la marcha. Delante de las rocas donde yo aguaitaba se paró, sacó una botella de su alforja y se levantó la máscara para beber. Y ¿a quién veo? ¡Al Abigeo en persona! Y como hacía eternidades que no comerciaba con humanos, grité:

- ¡Diga, amigo!

El Abigeo tiró la botella y casi antes de que se estrellara, me encañonó con al wíncester.

- ¿No se acuerda de mí?

El Abigeo bajó la carabina, riéndose.

- ¡Por poco no la cuentas, Garabombo! Casi te suelto un tiro.

El otro me pasteaba detrás de las rocas. El Abigeo levantó el brazo. El compañero alto, huesudo, de cara larga, de ojos tristes, de mejillas chupadas, se acercó sonriendo, sin soltar la carabina.

El Abigeo se volvió.

- Yo creo que usted conoce al chinchino Garabombo. Es el varón que padece la enfermedad de ser invisible, según le conté el otro día en Oyón.
- No tengo el gusto.

El otro se agachó, murmuró algo en la oreja del caballo.

- Les advierto que usted es un amigo y que esperen.

Así conocí al Ladrón de Caballos, ese varón al que tanto debo. Venían de despojar a la hacienda Uchumarca. Los caballos los esperaban para largarse a La Unión donde mucho estiman a las buenas bestias.

El Abigeo sacó otra botella de su alforja.

- ¡Hace frío, sírvase, Garabombo!

¡Rico trago! Bebí, limpié el pico de la botella con el filo de mi poncho y se la pasé al Ladrón de Caballos que bebió y la devolvió.

- ¿Qué es eso que me cuentan que usted es invisible?
- ¡Es cierto! Cruzando el puente de Chirhuac me volví transparente.

El Ladrón de Caballos acabó de abrir una lata de sardinas.

- Bajando a Yanahacuanca a presentar una queja me enfermé.
- ¿De qué se quejaba?
- El dueño de Chinche, don Gastón Malpartida, me abusaba. Usted lo conoce.
- ¿Cómo no vamos a conocerlo si de allí venimos? - relinchó Girasol, un potro frontino.
- ¡Usted se calla! - gritó el Ladrón de Caballos.

Girasol no se curaba de esa costumbre: intervenir en las conversaciones. En muchas oportunidades el Ladrón de Caballos había sufrido por su culpa grandes riesgos. Por su gusto jamás hubiera sacado a Girasol, pero el potro amaba los viajes y era demasiado influyente en la caballada para desairar sus pedidos.

- ¿Qué dice? - preguntó el Abigeo sacando pedazos de carne asada de su alforja -.
¡Sírvase!
- Cojudeces. ¡Siempre dice cojudeces! ¡Siga!
- Pues don Gastón tiene la costumbre de inaugurar a todas las mujeres. Todas las chinchinas que cumplen quince años obligatoriamente deben servir en la casa hacienda. Igual quisieron que mi mujer, Amalia Cuéllar, fuera. Yo me opuse.
- Tiene razón.
- Y lo peor no es el viejo sino que encima suben los yernos. ¡Me opuse! En el cuartel aprendí mis derechos. ¡Yo he leído la Constitución!

- Por eso estás acá - se rió el Abigeo -. "Hay cosas que es mejor no saber!"
- Soy sargento segundo licenciado y no lo quise permitir. Bajé a quejarme a la Subprefectura.
- ¿Y?
- No me vieron.
- "Pero yo lo veo!"
- Es que usted es de nuestra sangre, pero los blancos no me ven. Siete días pasé sentado en la puerta del despacho. Las autoridades iban y venían, pero no me miraban.
- Achau... se estremeció el Ladrón de Caballos.
- Al comienzo no me di cuenta. Creí que no era mi turno. Ustedes saben cómo viven las autoridades.: siempre distraídas. Pasaban sin mirarme. Yo me decía "siguen ocupados", pero a la segunda semana comencé a sospechar y un día que el Subprefecto Valerio estaba solo me presenté. "No me vio! Hablé largo rato. Ni siquiera alzó los ojos. Comencé a maliciar. Al fin de la semana mi cuñado Melecio me aconsejó consultar a Victoria de Racre.

El Abigeo y el Ladrón de Caballos dejaron de masticar.

- ¿Y qué dijo doña Victoria?

Era una mujer tan temida que ningún comunero osaba nombrarla sin ostentoso respeto.

- "Que me había vuelto invisible! "Alguien me había hecho "daño"!"
- No me extraña - dijo el Abigeo, severo -. No es la primera vez que me encuentro con un hombre invisible. Los blancos miran cosas que nosotros no vemos. Una vez viajando por La Unión encontré a un ingeniero de la Oficina Agropecuaria. Todos desconfiaban. Nadie se le acercaba. "Peor que carachoso! Bebiendo una tarde en un cuchitril, el ingeniero se me aproxima y me dice:
- Oiga, amigo, le invito a una cerveza.
- Con gusto, ingeniero.
- Hace tiempo que quiero franquearme con usted.
- A sus órdenes, ingeniero.
- He observado que usted es muy querido en este pueblo.

- Aunque me quede mal decirlo, ingeniero.
- Oiga, amigo, yo soy enviado de la Oficina Agropecuaria para luchar contra las enfermedades de la papa. Yo puedo hacer mucho por la agricultura, pero aquí la gente es muy desconfiada. No encuentro cómo hablarles. ¿Qué le parece si yo lo gratifico con un sol por cada persona que usted me consiga para una conferencia?

■A caballo regalado no se le mira el diente! Esa misma noche reuní a treinta amigos. ■Un sol por cabeza! El ingeniero se tiró su rollo. ■Habla bonito! A maravilla explicó la causa de las enfermedades provocadas, según él, por animales invisibles, dizque microbios. Ya casi nos convencía cuando dice "y para que vean que no miento les mostraré una fotografía de esos microbios". Y saca la foto de un animal horroroso de mil patas y cuernos. "■Este es el animal que malogra sus campos!" La gente se mató de risa y se largó. Yo también me fui. Al día siguiente el ingeniero me increpó:

- ¿Qué pasó? ¿por qué se fueron?
- Perdón, ingeniero, pero la gente se fue porque usted está deschavetado.
- ¿Cómo así?
- Esos animales que usted mostró no existen, ingeniero. Si esos animales tan grandes vivieran aquí, ¿usted cree que nosotros ya no los hubiéramos visto?

El Abigeo concluyó:

- Así son ellos, Fermín: miran cosas que nosotros no miramos y al revés. ■Ese es tu caso!
- ¿Esta enfermedad es curable? - preguntó Garabombo, angustiado.
- Los perros aúllan cuando miran las ánimas. Ellos ven a los invisibles. ¿Ha intentado untarse con lagaña de perro? - dijo el Ladrón de Caballos.
- Todavía no.
- Ensaye.

Lo interrumpió el burlón relincho de Girasol.

- ¿De qué te ríes?
- Me río del Invisible - relinchó Girasol.
- ¿Y qué te da risa, baboso?
- Yo veo al Invisible.

- Tú no eres hombre. ¡Tú eres bestia!
- ¿Qué dice? - preguntó el Abigeo que no comprendía el caballuno, pero que por el ruido de la conversación sospechaba una disputa.
- Este caballo es el animal más metete que he conocido - dijo el Ladrón, harto -. ¡Es un charlatán! Por su culpa uno de estos días amaneceré en la cárcel.
- ¿Y por qué lo traes?
- ¡Mal con él, peor sin él!
- Nevará - dijo el Abigeo -. ¡Estos caminos son muy bravos!
- Aquí nieva mucho - informó Garabombo.
- ¿Usted dónde vive?

Garabombo señaló la montaña encapuchada por la neblina.

- En la cueva Jupaicanán.

El Ladrón y el Abigeo se extrañaron.

- Pero allí nadie vive, compañero. Eso está muy alto.
- Nieva día y noche. La cueva Jupaicanán es húmeda. Para dormir hay que cambiar continuamente de lugar el pellejo. Pocos lugares son secos.
- Yo me escondí una vez en Jupaicanán - dijo el Ladrón de Caballos -. Lo peor no es el frío sino los murciélagos. ¡Hay millones!
- Se combaten con humo de bosta - dijo Garabombo - Lo peor es la humedad.
- ¿Hace cuánto tiempo que vive allí?
- Hace seis meses que vivo con mi mujer. Desde el día que me expulsaron de la hacienda Chinche.
- Usted sufre mucho, compañero. ¿Por qué no baja?
- No me permiten. Estoy prohibido de pisar tierra de Chinche. No me toleran. "El día que quieras asistir a tu velorio, baja." Así me ha dicho Sixto Manzanedo.

El Ladrón de Caballos sacó de su alforja dos botellas de aguardiente, dos latas de sardinas y unas cajas de fósforos.

- ¡Sírvese, amigo!

Los ojos de Garabombo rutilaron de ambición.

- ¿No tendrá sal?
- Tengo.
- ¿Puede regalarme un poco?
- Sírvase - dijo el Ladrón entregando un buen paquete.
- Granizará - dijo el Abigeo -. El cruce de la cordillera puede ser bravo. ¶ Mejor nos vamos! Quédate con la botella Garabombo.

El Ladrón de Caballos gritó algunas órdenes y los caballos comenzaron a desfilas hacia Oyón. Pronto el cielo se deshizo en gruesos perdigones. Se perdieron en la nevada.

Del miedo que a Garabombo le acometió de sufrir una recaída de su espantable enfermedad

- Estoy solo - dijo el viejo Lovatón - La gente está muy asustada. Después de la masacre de Rancas nadie quiere ni oír la palabra "reclamo".

Garabombo se quedó mirando las islas de grasa.

- El único camino sería destituir a Remigio Sánchez.
- ¿Es posible?

Le temblaban las manos.

- Claro que es posible, don Juan. La Ley autoriza a cambiar de personero si los dos tercios de una comunidad firman por la destitución.

El viejo Lovatón lo miró desalentado.

- Nadie firmará, Garabombo. Ya te dije que tus paisanos están muy asustados.

Garabombo se paró como un hombre que se propone saltar. Era muy alto.

- ¡Conseguiré las firmas!
- No servirán de nada. Las autoridades son de ellos, Garabombo.
- Iré a Lima.
- Ya fuiste a Lima y ya ves lo que pasó. ¡Te demoraste tres años para volver!
- Pero en la prisión me curé de mi enfermedad. Yo nunca he tenido mejor escuela que la cárcel. Oyendo las discusiones de los políticos se aprende, don Juan. ¡Ya no soy invisible!
- ¿Y qué has aprendido, Garabombo?
- He aprendido que los traidores ensucian la tierra. Lo espesó una gordura maligna.
- Los traidores no merecen ni la tierra de sus tumbas.
- Ése no es el camino, Garabombo.

El viejo le sostuvo la mirada.

- "No es el camino!
- Entonces ¿cuál es?
- ¿Sabes leer?
- Sí, don Juan.
- Siéntate y entérate.
- Cada vez que pienso en ese cholo me lleva la puta madre.
- Yo conozco a alguien que puede aliviarnos de ese dolor de muelas, jefecito.

El Bigotudo se lo quedó mirando.

- Ustedes son puras bocas.

El jinete cumplió doscientos años. El Ojo le admiró la facha.

- Palabrita, patrón.

Se chupaba una hilacha de carne.

- "So! - gritó el jinete.

El Bigotudo se palpó la quijada. La noche de la barba exaltaba el acero azul de los ojos.

- "Puras babas, Solidoro! Aquí ya no hay hombres. "Amador sí que era hombre! "Pocas palabras!
- Por eso se lo cargaron, patrón.
- Yo de usted he oído hablar mucho.

El Ojo miraba envejecer la espuma de la cerveza.

- Mis patrones dicen flores de usted.

El Ojo medía la espuma agonizante.

- "Bellezas hablan!

El Ojo se acorazaba en un silencio puercoespín.

- A mi patrón le revolotea una mosca. El otro día me dijo: "Oye, Solidoro, ya no soporto esa mosca. ¿Tú no conoces a alguien que pueda aliviarme?"

El Ojo destapó una nueva cerveza y una risita seca.

- ¿Cuántos años tendrá esa mosca?
- Unos treinta años.
- ¿De dónde nacen esos rencores?
- El hombre le anda organizando unas invasiones de tierras a mi patrón.

El viejo Lovatón se detuvo; alguien rascaba en la puera de "La Salud". Salió: era Sulpicia.

- ¿Qué quieres, hijita?
- Pastillas.
- ¿Para el dolor de cabeza?

La vieja denegó con la cabeza.

- ¿Para el dolor de estómago?
- No.
- ¿Para la fiebre?
- No.
- Habla, Sulpicia. ¿Cómo quieres que sepa?

La vieja obstinó la cabeza baja.

- Pastillas de Remigio, taita.
- ¿Qué pastillas?

La vieja se empecinó en su silencio zarrapastrroso.

- Habla, pues, hijita, no tengo tiempo.

La vieja tartamudeó.

- El Remigio dice que tienes unas pastillas japonesas que quitan el hambre.

El boticario se oscureció.

- ¡Mentira, Sulpicia! Remigio te ha engañado. Dile que no siga mintiendo. ¡Como lo agarre se comerá la joroba!
- ¡Pastilla, pastilla!

- Por la Virgen, Sulpicia, esas pastillas no existen. Nunca han existido. Son mentiras inventadas por Remigio. ¡Perdona, estoy ocupado!
- ¡Contado!

Mostró un sol calentado por el sudor.

- Te juro, viejita, nunca he vendido esas pastillas.
- ¡Toma!
- ¡Por Dios, Sulpicia!

Se volvió maldiciendo a la trastienda, revolvió un baúl y sacó un grueso legajo de papeles cosidos por el lomo.

- ¿Sabes qué es esto, Garabombo?
- No, don Juan.
- Son los títulos de nuestra comunidad.

Garabombo se levantó.

- ¿Son los títulos de 1711, don Juan?

Temblaba.

- ¿Son los títulos del rey?
- ¡Toca!

Garabombo acercó tímidamente la mano, tocó el legajo y retiró los dedos como quemado. ¡Existían! Los ancianos de la comunidad se empecinaban en que en alguna parte sobrevivían los títulos expedidos a favor del común de Yanahuanca por la Real Audiencia de Tarma, en 1711. Don Carmen Girón, el hombre más viejo de la provincia, sostenía haber escoltado el título hasta la inaccesible cueva donde sobrevivió a los incendios de la guerra con Chile en 1880, pero luego se había perdido la huella. Garabombo los gastó con ojos afiebrados. ¡Existían! Sobre la mesa anclaban como un fabuloso galeón gastado por un viaje de doscientos cincuenta años.

El viejo levantó el legajo. Sus manos también temblaban.

- Decenas, cientos murieron para que este Título se salvara.
- ¿Cómo lo ha rescatado?

- El cura Chasán los encontró. Componiendo el techo de la sacristía los albañiles descubrieron una montaña de papeles viejos. El curita los utilizó para calentarse. Encendiendo fuego, una noche, le llamó la atención el grosor del legajo. ☐Era nuestro Título!

El viejo jadeaba, se sostenía el corazón.

- Este Título prueba que las haciendas nos usurpan. Todas las haciendas son tierra usurpada. ☐Ésta es la prueba! Entérate, hijo, entérate.

Eran las diez. Un relincho recordó los campos en flor. Masticando las palabras, deteniéndose en fórmulas incomprensibles, pero asombrándose porque reconocía los hitos, los ríos, los vados, los montes, las jalcas, las pascanas, enumerados por la prolijidad de notarios apagados como los virreyes, casi no percibió que al mediodía don Juan Lovatón ingresó con un plato de caldo, un mate de mote y de habas hervidas y un jarro de chicha.

**Garabombo comprueba que después de todo
no es tan fácil dejar de ser invisible**

Informe escrito de los esfuerzos que el Niño Remigio emprendió para descubrir al autor de un complot que ponía en peligro las asambleas de Yanahuanca

Ilustrísimo, respetadísimo, queridísimo, sobonsísimo, rapidísimo señor Subprefecto de Yanahuanca: Remigio, admirador y ayayero de la obra de Su Excelencia, ante usted se presenta y expone: Que está demás aclarar que el suscrito, de cuerpo presente, en plena posesión de sus facultades mentales, es un ferviente partidario del régimen; Que como informan los "Comercios", en ediciones que tengo a la vista, hace poco el General Odría se quebró un pie; Que siendo yo cojo de nacimiento, es decir, desde atrás del vientre de mi mamacita, la infrascrita cojera es una prueba más de mi identificación con el gobierno; Que en realidad usted mismo, señor Subprefecto, como dignísimo representante político del ilustre Cojo que nos preside fue la persona más interesada en identificar al individuo o individuos que con sus ventosidades maldecían a la ciudad de Yanahuanca; Que como a todos consta un individuo o individuos sin patriotismo desde hace un tiempo despostillan las paredes con sus susodichas ventosidades; Que repetidas reuniones de notables, promovidas para respaldar la candidatura única de nuestro ilustre Cojo, para evitar que otro gane las elecciones, debieron disolverse a consecuencia de esas bombas lacrimógenas de fabricación casera; Que deseoso de demostrarte Niña Conchi, mi adhesión al régimen, decidí iniciar una investigación que descubriera el pedo que ocultaba la cara de los culpables; Que con tal fin y con mis ahorros personales adquirí diversas calidades de anilina alemana; Que creyendo servir a los principios de "hechos y no palabras", disimulé dicha anilina en los asientos del Salón de Actos, con la finalidad de que la alemana impregnara las ventosidades de los farsantes y los denunciara por el color de sus pedos, ya que todo es según el cristal con que se mira; Que creyendo desarrollar una labor cívica en pro del ornato de la provincia, y por pura mala suerte, resultó que ese día usted había comido, señor Subprefecto, su plato favorito de tacu-tacu con apanado;z Que en fojas anteriores consta mi modesta idea de descubrir por el color de los pedos al autor de los desmanes, con tal mala leche que los infrascritos pedos resultaron anaranjados, color que se había sentado en su silla antes que su Excelencia; Que habiendo yo cumplido ya tres siglos y seis minutos de cárcel, sin tener respuesta alguna a mis cartas, por culpa de la alemana y por tu amor, Conchito; Que estoy solo; Que recibir respuesta tuya, señorita Subprefecto, es Justicia que espero alcanzar, Dios mediante, garrapata panzona, barriga con ojos, granero de sandeces, depósito de bellaquerías, barril sin fondo, plátano mosqueado, mariposa anaranjada, picaflorcito, vicuñita. No necesito amar, absurdo fuera repetir el Sermón de la Montaña, por eso he de llevar hasta que muera todo el odio mortal que me acompaña. Con mi amor eterno (sello). REMIGIO (El Auténtico)

Verídica crónica del reparto de tierras de Puyhuán

Texto incompleto de la autógrafa que Remigio dirige a un sargento cuyo nombre por educación no quiere pronunciar

**Ofertas que a su retorno a Chinche
gentilmente le hicieron a Garabombo, el
invisible**

De cómo el Opa Leandro logró que el presidente de la república le regalara un trompo

**Peripeccias que Garabombo y Bustillos y/o
Remigio sufrieron cuando a la Perla del
Pacífico en pos de justicia viajaron**

De lo primero que hizo Garabombo, el invisible

Que demuestra, si demostrar es necesario, las ventajas de la invisibilidad

Solicitud de una persona cuya identidad el autor no está autorizado a divulgar

**De la gran desgracia que Garabombo conoció
cuando visitó Yanahuanca**

La verdad sobre el duelo entre el sargento Astocuri y el Niño Remigio

Castigos que a su salida del puesto impuso Cayetano; de los estragos que provocó Maca y otras aventuras a gusto de la más exigente clientela.

De cómo Remigio, el corcovado, silo de mentiras, depósito de sandeces, almacén de maldades, se transformó en Remigio el hermoso

De la demencia que acometió a los comuneros de Chinche

Del bolondrón que se armó cuando los Cara de Hueso equivocadamente pegaron las orejas desprendidas de los chinchinos

De los fastuosos preparativos que para la boda del hermoso los notables de Yanahuanca fizieron

Que ingeniosamente escindió el autor para darle más sabrosura a esta no inventada historia

De lo que acaeció la víspera del día soñado por los vivos y los muertos. Razones por las cuales Garabombo se volvió invisible

**De cómo los comuneros de Yanahuanca
recuperaron las tierras que fueron de sus
abuelos y de los abuelos de sus abuelos**

**Sobre el no visto esplendor con que se celebró
la boda de Remigio, el hermoso**

**De cómo la policía pulidamente felicitó a los
denodados chinchinos por su descomunal
hazaña**

Que contiene un sueño que el Abigeo no quiso publicar

**De cómo los chinchinos comprobaron que
Garabombo se había curado definitivamente y
de cómo desoyeron las sabias advertencias
del subprefecto Valerio**

**De cómo el personero Corasma aprendió que
quien con abogados se acuesta, mojado
amanece**

El gobierno advierte: será usada la fuerza

**Que demuestra que los guardias de asalto
sufren hambre y sed y necesitan amigos,
exactamente como nosotros**

**Texto incompleto de la solicitud que a la
Virgen de las Mercedes dirigió el Niño Remigio**

El ejército asume el control de Pasco

La ciudad de Cerro de Pasco se halla desde anoche prácticamente en estado de sitio al haber asumido el control de la autoridad política y militar el coronel Luis Marroquín Cueto, ahora Prefecto Accidental. La Dirección de Gobierno ha enviado a Pasco al comandante Guillermo Vaudenay para que colabore con el Prefecto en la contención de cualquier desmán que podría producirse el día de hoy. Vaudenay comandó las fuerzas policiales que actuaron durante los sucesos de Rancas. Este clima de sombría expectación se vislumbraba desde anteayer, en que arribaron a la ciudad de Huánuco, Huancayo y Jauja, agravado ahora por la denegación del permiso al Movimiento Comunal para realizar un mitin hoy. Informes recibidos dicen que la policía ha requisado acémilas de la comunidad de Yanahuanca para ponerlas a su disposición. Solicitado por Expreso, Marroquín Cueto dijo no saber nada al respecto. El Prefecto Miguel Corzo se halla en esta capital y aunque en la Prefectura de Cerro se dijo que su viaje obedecía a razones de salud, esta versión fue desmentida por su familia, aquí. Felipe Lercari, presidente de la Asociación de Criadores de Lanares, dijo que la situación se torna cada vez más tensa porque los comuneros siguen en las tierras invadidas sin que la autoridad haga nada por sacarlos. (Expreso, 10 de diciembre de 1961.)

Como en la antigüedad, se decía que los hombres volvían al quinto día después de haber muerto. De esas cosas hemos de escribir

**De cómo acabaron los caballos que un tiempo
fueron galanos y famosos**

**De los acuerdos que hombres de pelo en
pecho, cuyos nombres más vale callar delante
de uniformados, tomaron en el bosque de
piedra**